

texturas cristalinas o ambigüamente opacas, las obras que la artista ha producido.

Este es, pues, el momento de señalar su posición de privilegio en el repertorio de las formas estéticas contemporáneas americanas, el valor de su experiencia plástica desde la perspectiva europea y lo que de ejemplar hay en su experiencia como una desasosegada búsqueda de un lenguaje universal de las formas y las materias, de las expresiones y de los símbolos.

Es en este repertorio casi alucinante, a la vez bosque y fondo marino, selva y llanura, valle por el que discurre un río intrépido, en el que se encuentran casi todas las maneras de hacer factibles y viables en el ámbito de la escultura de nuestro tiempo, marcando un momento señero y sobresaliente de la cerámica contemporánea, constituyendo para el espectador que se asoma a ella una experiencia absolutamente ejemplar.—*R. CH.*

LOS INSTANTES PRESERVADOS DE ALEJANDRO BRIOSO

Frente a lo que puedan afirmar los partidarios sin reservas de las vanguardias pictóricas, la figuración tradicional, totalmente apegada a cánones originados por una visión que inevitablemente lleva a la obsolescencia, mantienen todavía, a través de la obra de pintores directos y esencialmente vitales, una dimensión de espontánea autenticidad que constituye uno de los elementos válidos del arte de nuestro tiempo.

Recordemos a este respecto un nombre, el del aragonés Alejandro Brioso, nacido en Huesca en 1935, capacitado en la disciplina del dibujo y la pintura en la Escuela de Arte de su ciudad natal, con el profesor Vicente Vallés, y que en 1970 se inicia como acuarelista, manteniendo desde entonces un delicado cultivo de esta difícil técnica. Brioso ha realizado exposiciones individuales en Madrid, Valencia, Sevilla, Granada, Santander, Logroño, Guadalajara, Perpignán, Zaragoza y Huesca, y colectivas en Madrid, Barcelona, Valencia, Alicante, Ciudad Real, Soria, Bilbao, Logroño, Muret, Perpignán, Zaragoza y Huesca. Su obra se encuentra representada en colecciones privadas de España y del extranjero y en tres museos españoles, entre ellos el del Alto Aragón.

Casi todo el esfuerzo de Brioso se tiende a hacer posible una representación sobria y serena del paisaje, tanto rural como urbano, de los viejos monumentos que forman parte del patrimonio de nues-

tro tiempo; los puertos, el mar, que es camino inconcebible para el aragonés pirenaico; la Alberca de Salamanca, con sus extrañas casas que nos hablan de una integración de las arquitecturas posterior a la unión de las razas y de las creencias, de unos claustros que conviven en las ciudades de nuestro tiempo, sobre el ajetreo de las calles que han crecido a su lado. La entrada del monumento en el mundo de hoy, marcando un momento diferente, un tiempo distinto, hecho de la frontera entre dos épocas que se encuentran sin tener nada más de común que las piedras.

Casas y gentes, el paisaje vacío y ajeno, los árboles victoriosos de su diario combate contra el viento, las ciudades hacia las que el artista ha llevado su paciente curiosidad, todo ello está construido con una sola intención: la de preservar los instantes que se olvidan, ese color que aureola de espuma la fuente, ese sentido de que ha de perecer el verdor que nos rodea. Y de aquí el nacimiento de una sencillísima teoría pictórica: lo que Alejandro Briso hace es preservar los momentos que escapan a su lado, convertirlos en una imagen y contar con muy pocas palabras, casi con las más indispensables, lo que ocurre cuando se encuentran el ayer y el mañana con el pórtico de una catedral. Lo que pasa cuando un barco enloquece de impaciencia sobre la dársena y, sobre todo, el más inefable de los misterios, allí, en el campo, al pie de los montes vestidos de nieve, ha pasado un hombre tripulando su pelliza, seguido por una cabalgadura, quizá con una jota entre los labios. Y después el hombre ha inaugurado la tremenda y total soledad del campo. Después de que él pasó, nada ha ocurrido, acaso solamente el viento ha empujado levemente los troncos y un instante que iba a ser perdido ha encontrado su rescate y su conservación, se ha visto preservado en las manos del artista.—*R. CH.*

FERNANDO SÁEZ: UNA VISION DEL TIEMPO Y DEL HOMBRE

Fernando Sáez es una de las personalidades más interesantes de la pintura neofigurativa española. Estableciendo su quehacer en un territorio indeterminado, entre la neofiguración y la abstracción, consigue afirmar un interesante universo expresivo y definir un riquísimo contexto de posibilidades plásticas. En este orden, su interpretación de los géneros tradicionales, principalmente del paisaje y de la figura, es vigorosa y elocuente; posee la fuerza afirmativa y descriptiva que sólo se encuentra en las mejores creaciones de la pintura contemporánea.

En su investigación del color y de la forma, Sáez llega en ocasiones a integrar la figura y el objeto en un indefinible proceso de identificación, y así tenemos que el mueble reproduce la forma del cuerpo que lo utiliza y la figura humana se identifica con el entorno en que se instala y con el ambiente en que está presente.

La utilización del color e incluso el empleo de un grafismo aparentemente gestual, pero en realidad obediente a un planteamiento muy claro y definido, hace de esta pintura una creación evocadora de un universo muy peculiar, en ocasiones atormentado y tenebroso y en otras circunstancias abierto a una actitud más esperanzada. En este sentido las imágenes de personas que esperan y que en cierto modo se disuelven en el ambiente de incertidumbre que las rodea, es uno de los aciertos con que Sáez concibe y desarrolla sus cuadros.

Una indagación de significado viene a revelarnos que el propósito fundamental de la pintura de Sáez es dar testimonio del tiempo y del hombre, transmitir la carga emocional, el eco y el sentido de lo indefinible, que en un determinado momento satura y caracteriza la existencia del ser humano. Por ello todo su esfuerzo estriba en la puesta al servicio de una habilidad pictórica basada en el dominio de la materia, en el contexto del dibujo y en la estrategia del color, subordinados todos ellos a la realización de una amplia y ambiciosa crónica, en la que sentimientos y circunstancias, emociones y aspiraciones se encuentran fundidas en una general toma de conciencia en torno al hombre como un esclavo de la casualidad y de la circunstancia.

Estos personajes de Fernando Sáez, de los que apenas captamos el rasgo fisonómico o la orientación general de su acción, son reflejos de lo que el hombre experimenta en un momento determinado, en unas circunstancias caracterizadas por la frustración y la impotencia. Cuando el destino del ser humano se escapa de sus manos y las posibilidades de realizarse en trabajo o en esperanza son cada vez más lejanas, Sáez se aplica a pintar el universo misterioso que determinan el hombre y su carga emocional. Su posibilidad de enajenación y su angustiosa conciencia de este hecho, dan al cuadro toda una intensidad trágica y toda una vocación humanista. Sin furia y sin odio, pero consciente del drama que está narrando, el pintor lo expresa y lo explica, lo despliega en profundidad y en intensidad; el resultado es una pintura esencial y trascendente.—*RAUL CHAVARRI (Instituto de Cooperación Iberoamericana. MADRID).*